

Entre el océano, el desierto, y compañía inesperada

Salimos de Iquique sabiendo que aún estábamos en pleno desierto. El Atacama no empieza ni termina de forma clara. Simplemente se desplaza a medida que te mueves y está contigo tanto en la costa como en el interior.



No muy lejos de Iquique, encontramos un lugar llamado Guanillos. A lo largo de la costa, entre el océano y el desierto, acampamos cerca de un viejo castillo que vigila la orilla. Esa noche, nos acostamos con el sonido del mar y nos despertamos acompañados de leones marinos, que estaban listos para empezar el día demasiado pronto para nuestro gusto.

Compartimos esa experiencia y la historia de Guanillos en un video de YouTube, El Castillo de Guanillos, principalmente porque algunos lugares merecen más que una mención superficial, y las vistas no pueden captarse con una simple fotografía.

Tras unos días acampando en la playa, incluyendo un día en que nuestros compañeros de campamento eran ballenas de aletas – por la tarde, mientras comíamos y por la mañana – también capturado en un video de YouTube. Luego nos dirigimos tierra adentro hacia San Pedro de Atacama, donde planeábamos pasar la Navidad. Había tantos lugares que queríamos explorar que decidimos quedarnos unos días allí y dejar que el desierto siguiera absorbiendo nuestra curiosidad.

San Pedro se sentía diferente a muchos de los lugares que habíamos visitado hasta ahora en Chile. Muy turístico y más internacional. Las calles estaban llenas de viajeros, en su mayoría de Europa, con algunos estadounidenses mezclados y muchos brasileños.

Fue otra gran oportunidad para que Mafe practicara su francés. Se sentía como un pequeño centro internacional en medio del desierto. Aunque la ciudad estaba concurrida, los lugares nunca estuvieron llenos. ¡Esto es la inmensidad del desierto de Atacama!



Nos alojamos en un pequeño lugar manejado por una mujer indígena de Piedras Rojas. Nos contó cómo San Pedro cambió con los años. Según ella, hace unos veinte años, llegó un hombre con la visión de convertir la ciudad en un destino de lujo. Quería construir un hotel de cinco estrellas. La comunidad local, especialmente los indígenas, o atacameños, se opusieron firmemente. Pero el dinero y el poder suelen salirse con la suya, y finalmente se construyó el hotel. Después de eso, los Airbnbs y los hostales empezaron a multiplicarse, y San Pedro se transformó poco a poco en el destino turístico que es hoy.

Lo que más nos llamó la atención fue cómo respondieron las comunidades locales. En lugar de seguir luchando contra el cambio, los atacameños optaron por proteger sus sitios. Muchos de los lugares que visitamos y que están en nuestro video de YouTube de San Pedro de Atacama no están manejados por el gobierno chileno, sino por las comunidades indígenas locales.

En Nochebuena, antes del amanecer, nos elevamos silenciosamente hacia el cielo mientras el desierto comenzaba a brillar bajo nosotros en un globo. Un sueño que habíamos compartido durante años y que esperaba hacerse realidad. Los colores del cielo cambiaban minuto a minuto: de cielos oscuros a rosados y amarillos, a cielos azul despejado. Ver salir el sol sobre el desierto desde arriba parecía irreal. Podíamos ver desde lo alto las parcelas autóctonas y el imponente volcán Licancabur.



Esa noche, compartimos una deliciosa cena chilena de Nochebuena. El día de Navidad, nos tomamos el día suave, caminamos por el pueblo, paseamos por las calles y paramos en la plaza principal para ver bailar y celebrar a los indígenas locales.

Salimos de San Pedro y comenzamos a dirigirnos hacia el suroeste hacia Pan de Azúcar, situado en la costa. El desierto cambió de nuevo. La carretera estaba casi vacía. Pasaron largos tramos sin ver otro carro ni rastro de un pueblo. Y, sin embargo, a lo largo de la carretera había cientos de monumentos al borde de la carretera. Cruces y pequeños santuarios que marcan lugares donde la gente había muerto. No es raro ver monumentos a lo largo de una carretera. Ver a tantos lo era, especialmente con caminos tan vacíos. Especulamos que quizá la gente iba demasiado rápido y perdía el control de los carros, o quizá tenía que ver con conducir en la niebla. Aunque no experimentamos niebla, sí vimos carteles de "Neblina" a lo largo de la carretera.



Muchos de los monumentos estaban decorados de forma elaborada. Algunos tenían flores frescas y fotos. Otros incluían objetos personales y, en algunos casos, piezas de carros. No pudimos evitar preguntarnos si esos fragmentos eran restos de los propios accidentes. En un momento dado, vimos a un hombre poniendo flores en uno de los memoriales. La ciudad más cercana, Calama, estaba a más de cien kilómetros de distancia. Alguien había manejado horas por el desierto solo para visitar a un ser querido enterrado en medio de la nada.

Hablando de Calama, el paisaje dentro de esta ciudad, conocida como la capital minera de Chile, se volvió más industrial. A lo largo de la carretera pasamos por plantas de cemento, operaciones de litio y otras infraestructuras mineras. El desierto aquí no estaba vacío, trabajaba.

Otro detalle nos sorprendió: paradas de buses, que aparecían de repente en medio de la nada. No hay casas. No hay pueblos. Solo la parada al lado de la carretera. Imaginamos que servían las rutas mineras, conectando a los trabajadores con lugares lejanos. En uno de ellos, vimos a alguien esperando, solo en el desierto como si fuera el lugar más normal del mundo para coger un bus. Y por cierto, ¡nunca vimos un bus en todo este tramo de cientos de kilómetros!

Luego, el paisaje cambió de nuevo. Las montañas empezaron a cambiar de color a medida que la luz se desplazaba sobre ellas. Eran más pequeñas, secas y expuestas, cubiertas de rojos, amarillos, verdes y cafés. Parecía como si cada montaña hubiera sido cuidadosamente pintada a mano. Eran tantos los tonos que sentíamos que estábamos en el museo de arte natural del desierto. Esto realmente hizo que el desierto se sintiera expresivo.



Nos detuvimos brevemente en La Mano del Desierto, una enorme mano de hormigón y acero corrugado que emergía de la arena, creada por el escultor chileno Mario Irarrázabal en 1992.

La mano habla de fragilidad humana, soledad y resiliencia en uno de los paisajes más ásperos del planeta.

Por fin llegamos al Parque Nacional Pan de Azúcar, donde el desierto volvió a encontrarse con el océano, y buscamos un lugar para acampar en la naturaleza. A pocos pasos de la entrada del parque, encontramos un lugar oculto para dar por terminada la jornada del día. Era perfecto: dos kilómetros y medio de playa de arena, completamente para nosotros. Desde la orilla, vimos ballenas jorobadas emergiendo lentamente a lo lejos. Esa fue nuestra compañía durante esta estadía.



Filmamos cómo elegimos el lugar, las pruebas y tribulaciones para que Taco Libre nos llevara allí, y cómo nuestro TL puede transformarse rápidamente en una casita cómoda. Esto lo compartimos en un vídeo de YouTube, pero ninguna cámara puede captar completamente la sensación de estar allí: la quietud, el espacio, el sonido de las olas y las ballenas a lo lejos. Teníamos pensado quedarnos allí una

noche, pero el lugar y la oportunidad eran demasiado especiales y perfectos para no disfrutarlos una segunda noche, ¡así que lo hicimos!

Tras una segunda noche increíble, recogimos y seguimos hacia el sur. Pasamos por Bahía Inglesa, un pueblo costero e inconfundiblemente turístico. Paramos brevemente para una empanada rápida y luego volvimos a la carretera hacia La Serena.

El cambio de paisaje comenzó casi de inmediato. Después de tanto polvo y piedra, empezamos a ver verde. Al principio en pequeños tramos, luego con más intensidad mientras seguíamos la costa.

En la distancia, volvimos a ver hermosas ballenas, inconfundiblemente, jorobadas. Saltaron del agua por completo, levantando sus enormes cuerpos fuera del mar antes de caer de nuevo. Sus grandes aletas pectorales las hacían fáciles de identificar, a diferencia de las ballenas de aletas, que rara vez saltan y tienen aletas mucho más pequeñas y sutiles.



Cuando entramos en La Serena, la transformación ya estaba completa. Aparecieron árboles por todas partes – altos, establecidos y abundantes. Las montañas tenían parches verdes, y entre ellas había flores rosadas y moradas, inesperadas y casi sorprendentes tras tantos días de beige y café.

Nos encantó el desierto y disfrutamos cada minuto, pero llegar a La Serena, rodeados de color y vida, fue un regalo del cielo.

Al salir de La Serena, nos dirigimos tierra adentro hacia el valle del Elqui, y esta vez el cielo nos sorprendió. Después de semanas de cielos azules despejados, casi habíamos olvidado cómo eran las nubes. Acampamos en un viñedo en Vicuña, el lugar de nacimiento de Gabriela Mistral, una de las grandes poetas chilenas. No estaba planeado acampar entre viñedos. Simplemente ocurrió, uno de esos regalos silenciosos que ofrece la carretera cuando no estás mirando.



Esa noche, nos unimos a una sesión de observación de estrellas con un telescopio.

Estudiamos la luna con todo detalle, avistamos galaxias lejanas y aprendimos sobre el firmamento, el vasto techo celeste sobre nosotros.

Vimos algunas estrellas fugaces y pedimos varios deseos en silencio... ¡Pues no podemos decírtelo, porque queremos que todos los deseos se hagan realidad!

Al día siguiente, exploramos más el valle de Elqui, donde cada esquina celebra a Gabriela Mistral. Manejamos por la ruta del pisco, y nos dirigimos hacia el sur en dirección a Valparaíso, nuestro destino final para Año Nuevo, con una parada prevista para pasar la noche en Los Vilos.

¡¡De camino a Los Vilos, avistamos ocho cóndores!! Sí, OCHO, volando alto sobre la carretera. No pudimos evitar sentirnos muy afortunados de haber visto ballenas y cóndores en lugares muy inesperados. Nos recordó lo que nos dijo un hombre indígena local en San Pedro de Atacama... Cuando hay animales imponentes presentes, traen señales de otro mundo, solo hay que escuchar con el corazón... Creemos que su presencia es solo otra señal de la increíble experiencia que vivimos día a día en este viaje.

Los Vilos en sí no fue nada especial salvo una comida para recordar. Nos detuvimos en un restaurante tranquilo, cuando tres muchachos se acercaron y preguntaron en inglés: "¿Ese es tu carro?"

Dijimos "sí", sorprendidos. "¿Cómo lo supiste?"

"Porque se ven chéveres", respondió uno.

Eran un grupo de viajeros polacos que viajaban en motocicleta y camioneta, en un viaje de tres semanas como el nuestro. Poco a poco fue llegando el resto del grupo. Empujamos mesas juntas, compartimos comida, rutas e historias. Uno de ellos nos contó cómo conoció a una mujer colombiana y se enamoró perdidamente, el tipo de historia que se encuentra en la carretera. Antes de que terminara la noche, insistieron en pagar nuestra comida.

Cada esquina recorrida no solo ha traído paisajes hermosos, cultura local y aventura, sino también un toque humano increíble. ¡Esa es otra razón para viajar!

6 de enero del 2026

